

La globalización alimentaria ante la crisis de la COVID-19

JOSÉ ÁLVAREZ RAMOS
INGENIERO AGRÓNOMO

Vaya por delante que me considero un defensor de la globalización en sentido amplio (mundialización) y pienso que ha contribuido, en gran medida, a que una gran parte de la población haya podido acceder a productos de consumo y áreas de conocimiento, que siempre habían estado vedadas a las clases más desfavorecidas, sobre todo en los países en vías de desarrollo. Por supuesto que habrá otros analistas que piensen lo contrario y que culpen a la globalización de otras desventajas que no voy a citar por ser de sobra conocidas.

Centrándome en la globalización alimentaria, que es la que conozco y donde puedo contar experiencias de primera mano, sí que me atrevería a hacer una primera valoración de cómo la está afectando la pandemia y aventurar una proyección a futuro de cómo podría evolucionar. Desde luego que este tema y sus conse-

cuencias va ser objeto de debate entre los expertos y dirigentes del sector agroalimentario a nivel general. Nada nuevo por otra parte, pues es el viejo dilema de la especialización y la búsqueda de sinergias y complementariedad ya vigentes desde la revolución industrial, frente a otros modelos más proteccionistas y favorecedores de las producciones nacionales y de la sustitución de importaciones.

Me gustaría, en primer lugar, citar experiencias muy concretas de globalización alimentaria para que el lector pueda valorar en su justa medida lo que significa este concepto. Ciñéndonos al caso de la Unión Europea, que es un ejemplo conocido por los lectores, quiero destacar un hecho trascendental en este sentido como fue la aprobación del mercado único en 1992, mediante el cual se abrieron las fronteras de los Estados miembros y se permitió la libre circulación de productos sin



arancel, solo sometido a algunas excepciones puntuales de tipo sanitario (plagas, epizootias). Qué duda cabe que esto permitió una especialización y un mayor aprovechamiento de las capacidades de cada país y de los distintos sectores. Me gusta contar para ilustrar al lector el caso del sector porcino y como un lechón que nace en Países Bajos, se ceba en España y se sacrifica en Italia y, todo ese proceso se desarrolla en un corto periodo de 5 meses. Es un claro ejemplo de complementariedad y búsqueda de las sinergias. Otro ejemplo claro de complementariedad se presenta en el sector de frutas y hortalizas a nivel global con intercambios comerciales entre ambos hemisferios y desde las zonas tropicales a las zonas templadas. Al final todo debe redundar en una mayor oferta para el consumidor y a unos precios asequibles fruto de esa eficiencia productiva, entre otras ventajas.

Si consideramos el término de globalización alimentaria a nivel mundial, nos bastaría con analizar los principales flujos comerciales para ver la interdependencia de los países y como se podrían citar algunos ejemplos de productos, que tienen un rol destacado en la seguridad alimentaria mundial. Así las producciones de semillas oleaginosas americanas cubren la demanda del resto del mundo. Algunos productos tropicales (café, cacao, banano) solo se pueden producir en unas zonas climáticas muy definidas. Es decir, que hay ciertos productos que gracias a la globalización y a la reducción de precios por el transporte de grandes volúmenes (barco) pueden acceder a todo destino a precios razonables. También hay que destacar la importancia de esos intercambios en el caso que se presenten plagas y epizootias, que puedan producir problemas de desabastecimiento en determinadas áreas y que obliguen a un movimiento extraordinario de productos.

UNA CRISIS SOBREVENIDA

La pandemia del coronavirus ha sido un problema sobrevenido. Nadie hace unos meses se planteaba un escenario como el actual, que ha traído como consecuencia la puesta en marcha de medidas inima-



ginables en el actual contexto mundial: cierre de fronteras, paralización total de la actividad salvo sectores estratégicos o esenciales, confinamiento obligatorio de la población... Medidas que muchos de los ciudadanos no habían conocido ni, tal vez, pensaban que jamás las conocerían, al menos en los países desarrollados.

Soy consciente que para analizar las consecuencias que puede tener en el sector agroalimentario español la crisis originada por la pandemia, es necesario un mínimo de perspectiva, al menos, desde el final de la pandemia o del control sanitario de ésta. Sin embargo, también es cierto que las reflexiones tempranas pueden ser oportunas para ayudar en la concienciación y el debate, y aportar un granito de arena para encontrar soluciones que ayuden a facilitar, lo más rápidamente posible, el tránsito hacia la estabilización.

Las consecuencias de esta crisis están siendo desastrosas para las economías de los países afectados. Así ha sucedido en el sector agroalimentario español, reconocido como estratégico en esta crisis, que en un mes ha pasado de no tener problemas de comercialización a generar excedentes y caída de precios en una gran

parte de productos ganaderos y también en algunos productos agrícolas.

¿Qué ha pasado para ese cambio tan rápido? Una primera respuesta habría que buscarla en que la primera reacción del consumidor, cuando se le presenta una incertidumbre de esta magnitud, pasa por una contracción súbita de la demanda directa y se ciñe a lo que considera esencial en ese momento. Si a esto se le añade el cierre del canal Horeca, junto con la brusca caída del turismo y la reducción de la demanda en los países adonde se destina nuestra exportación, la explicación es muy sencilla: se produce más de lo que se consume.

El problema real que se presenta a los países es tratar de ajustar la oferta y la demanda alimentarias, sin tener ninguna certeza de lo que pueda ocurrir en los próximos meses. Pero hay razones añadidas, ya que la demanda actual es claramente familiar y consume, vitalmente, lo que necesita. La solución vendrá, como en todas las crisis, a través de un ajuste del valor de las cosas y un incentivo del consumo. Eso sí, partiendo del supuesto de que el tema sanitario se resolverá en unos meses, porque un escenario peor, sanitariamente hablando, puede dar lugar a un cuadro inimaginable y de más difícil solución.

Quiero destacar una reacción, en mi opinión muy oportuna, de los principales países productores agroalimentarios a favor del comercio internacional. El 22 de abril de 2020, en el marco de la Organización Mundial de Comercio (OMC) la Unión Europea, Estados Unidos, China, Brasil, Australia, Canadá, México, Japón, Corea y Reino Unido entre otros, que representan el 63 por ciento y el 53 por ciento de la exportación e importación agroalimentarias mundiales respectivamente, firmaron un comunicado conjunto defendiendo que la cooperación internacional es crucial y que las medidas que se adopten en relación por la crisis de la COVID-19, no afecten negativamente al comercio de productos agroalimentarios por su impacto negativo en la seguridad alimentaria, nutrición y salud de la población.



Cuando esta crisis esté controlada va a surgir el debate sobre la globalización en general. Así se ha visto en esta pandemia que en el sector de suministro de insumos sanitarios ha habido desabastecimiento, subida de precios, etc, que han mostrado la vulnerabilidad y dependencia de algunas producciones, muy localizadas en China, y la necesidad de que los países se replanteen tener producciones propias y disponer de reservas estratégicas en ciertos productos. Ahora bien, pienso que sería un error demonizar todo lo que suene a globalización. La globalización ha sido muy beneficiosa en el sector agroalimentario y ha contribuido enormemente a la seguridad alimentaria mundial, haciendo llegar alimentos en cantidad y calidad a muchos países que tenían problemas.

Una vez superada la crisis sanitaria, la globalización en el sector alimentario no tiene por qué sufrir cambios de envergadura, pues los intercambios de productos alimentarios facilitan el acceso de los productos a los consumidores con unas garantías de calidad contrastada. Otra cosa es que haya algunos países cuyos dirigentes estén tentados a aplicar políticas proteccionistas a sus productos u otro tipo de medidas, pero será la excepción y no la norma que seguirá la mayoría, por el bien de todos. ■

Una vez superada la crisis sanitaria, la globalización en el sector alimentario no tiene por qué sufrir cambios de envergadura, pues los intercambios de productos alimentarios facilitan el acceso de los productos a los consumidores con unas garantías de calidad contrastada. Otra cosa es que haya algunos países cuyos dirigentes estén tentados a aplicar políticas proteccionistas a sus productos u otro tipo de medidas, pero será la excepción y no la norma que seguirá la mayoría, por el bien de todos